

Las luchas por la independencia en la literatura mexicana

Agustín Cadena

Resumen: Desde el siglo pasado, la literatura mexicana ha documentado extensamente nuestros más importantes acontecimientos históricos: la revolución de 1910, la revuelta cristera de los años 20, las guerrillas urbanas de los 60 y 70, la violencia de los cárteles del narcotráfico hoy en día... Por lo mismo, resulta interesante reflexionar sobre el hecho de que la Guerra de Independencia, larga y sangrienta como lo fue, no tuvo un novelista o poeta de relevancia que diera cuenta de ella. La primera novela que se publicó, ubicada en este periodo, es *Los pasos de López*, de Jorge Ibargüengoitia, de 1982. A manera de sátira, cuenta la historia del cura Miguel Hidalgo, “El Padre de la Patria”, y otros personajes históricos, cambiando los nombres. Más tarde, en 1991, Carlos Fuentes publicó *La campaña*, un mosaico histórico de las luchas latinoamericanas por la independencia. En 1995, Rosa Beltrán dio a la imprenta *La corte de los ilusos*, otra novela satírica, inspirada en la vida y muerte del único emperador mexicano, don Agustín de Iturbide. Luego, en 1999, Enrique Serna publicó *El seductor de la patria*, una novela biográfica sobre el general, presidente y dictador, Antonio López de Santa Anna. Finalmente, en la última década apareció *El guerrero del alba*, de Raquel Huerta-Nava, biografía novelada del caudillo Vicente Guerrero. La guerra de 1810 no fue la única en la que México debió luchar por su independencia. De hecho, la Intervención Francesa de 1862-67 fue otro momento de encrucijada en la historia de México, y dio lugar a una producción literaria todavía más copiosa. De manera similar, otros autores han documentado en ficción y poesía todas las demás ocasiones en las que México ha debido defender su independencia.

Palabras clave: Guerra de Independencia, Intervención Francesa, Revolución Mexicana, Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, C.M. Mayo, Carlos Fuentes, Enrique Serna, Fernando Del Paso, Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín Fernández de Lizardi, Jorge Ibargüengoitia, José Revueltas, Manuel Payno, Miguel Hidalgo, Paco Ignacio Taibo II, Raquel Huerta-Nava, Rosa Beltrán, Rosario Castellanos, Salvador Castañeda, Vicente Guerrero.

Abstract: Since the last century, Mexican literature has documented extensively all mayor historical events: the 1910 Revolution, the Cristero war in the 1920s, the urban guerrilla movements of the 60s and 70s, the drug cartels confrontations of present day... it is therefore interesting to reflect on the fact that the Independence War, long and bloody as it was, did not have a significant writer or a poet or record it. The first published novel set in this period is *Los pasos de López*, by Jorge Ibargüengoitia, printed in 1982. In a satiric way, it tells the story of father Miguel Hidalgo, “The Father of the Homeland”, and other historical characters, changing their names. Later, in 1991, Carlos Fuentes published *La campaña*, a historical mosaic of Latin American struggles for independence. In 1995, Rosa Beltrán published *La corte de los ilusos*, another satirical novel, about the life and death of the only Mexican emperor, don Agustín de Iturbide. In 1999, Enrique Serna published *El seductor de la patria*, a biographical novel about the general, president and dictator, Antonio López de Santa Anna. Finally, the last decade witnessed the publication of Raquel Huerta’s *El guerrero del alba*, about the *caudillo* Vicente Guerrero. The Independence War of 1810 was not the only one in which Mexico had to fight for its independence. In fact, the French Intervention of 1862-1867 was another cross-roads in Mexican history, and it gave way to an even more copious literary production. In a similar way, other writers have documented in fiction and poetry all the other occasions in which Mexico has had to defend its independence.

Key words: Independence War, French Intervention, Mexican Revolution, Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, C.M. Mayo, Carlos Fuentes, Enrique Serna, Fernando Del Paso, Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín Fernández de Lizardi, Jorge Ibargüengoitia, José Revueltas, Manuel Payno, Miguel Hidalgo, Paco Ignacio Taibo II, Raquel Huerta-Nava, Rosa Beltrán, Rosario Castellanos, Salvador Castañeda, Vicente Guerrero.

La historia literaria reciente documenta más o menos extensamente cada uno de los momentos coyunturales de la historia latinoamericana. En efecto, la Revolución Mexicana, la revuelta de los cristeros, las guerrillas centroamericanas, las guerras sucias del cono sur, la Revolución Cubana, el surgimiento de los cárteles del narcotráfico... Todo esto, si se perdieran los libros de historia, podría reconstruirse a partir de su reflejo en un cuerpo más o menos grande de novelas, relatos, poesía, teatro... El escritor reclama su posición privilegiada como testigo de su tiempo, y a la función estética de la obra literaria se une (y en los mejores casos se subordina) una función testimonial.

Viendo esto, llama la atención el que las luchas latinoamericanas por la independencia, tan trascendentes y tan prolongadas como fueron, hayan dejado un corpus literario tan exiguo. Excepción es la Argentina, que tuvo un Vicente López, un Juan Cruz Varela y, sobre todo, un Esteban de Luca. Todos poetas. Pero en los otros dos grandes polos de la lucha por la emancipación de América, que fueron México y Venezuela, no hay nada que pueda llamarse el poeta o el novelista de la independencia.

Tratando de hallar las razones, podría hablarse de la inexistencia de una clase intelectual en estos países, pero éste no fue el caso. Lo demuestra así la abundancia de escritos políticos que se imprimieron en esa época tanto en México como en Venezuela, y la importancia de esos escritos, que circularon profusamente por todo el continente. Los mismos líderes de las luchas independentistas dejaron plasmados en papel sus ideales y sus programas políticos. Tal fue el caso de Simón Bolívar y Agustín de Iturbide. Por otra parte, estos mismos líderes estuvieron rodeados de hombres y mujeres de luces, como Andrés Bello, Andrés Quintana Roo, Leona Vicario, Josefa Ortiz de Domínguez, etc. Pero nada de lo que escribieron acerca de las luchas en las que, directa o indirectamente, tomaron parte, es estrictamente hablando literario.

Respecto a la falta –incluso en la Argentina– de una “novela de la independencia”, podría aducirse que la novela como género era muy joven, pero el hecho es que ya se había dado una narrativa colonial, como la de Joaquín Fernández de Lizardi. ¿Acaso los cambios tomaron por sorpresa a los escritores, que tardaron en reaccionar? ¿O es que cualquier producto literario requería el marco de una literatura nacional, y las nuevas identidades nacionales apenas se estaban gestando?

El hecho es que la reacción de la literatura narrativa a las gestas de independencia latinoamericanas fue, en todos los casos, retrospectiva. Un ejemplo de ello es que la primera obra literaria venezolana que toca estas guerras es de 1881: el extenso poema épico en prosa de Eduardo Blanco, “Venezuela heroica”. Y la más conocida de las ficciones sobre el período es *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, de 1931.

En el caso de México, luego de siglo y medio de poemas patrióticos de los cuales ninguno se salvó de caer en las formas ya consabidas, la Guerra de Independencia comenzó a ser tema novelable. En este sentido, llama la atención el que la primera y mejor obra sobre el período provenga de un escritor conocido por su sentido del humor, como si sólo el poder reírse de la historia le hubiera dado la posibilidad de manipularla literariamente. Me refiero a la novela *Los pasos de López*, de Jorge Ibarguengoitia. Publicada en 1982, recrea en forma satírica el inicio de la campaña militar por la independencia, con todos los azares y desatinos que pudo haber tenido un cura sin ninguna experiencia como soldado, que en la novela se llama Perifón, pero a quien poco a poco identificamos como Miguel Hidalgo, “el padre de la patria”.

Siguiendo el ejemplo de Iburgüengoitia, Rosa Beltrán publicó en 1995 *La corte de los ilusos*, novela que reinventa la vida y muerte del único emperador mexicano, don Agustín de Iturbide. Como en *Los pasos de López*, aquí se recurre a un personaje secundario para crear una visión distanciada y burlesca de la historia. Así, el primer capítulo abre con madame Henriette, la costurera francesa encargada de confeccionar el uniforme de gala que lucirá el emperador el día de su coronación; el desdén de esta mujer por la farsa que se avecina da el tono a la novela. Aunque esta obra de Rosa Beltrán ha tenido mucha menos trascendencia que la de Iburgüengoitia –debido tal vez a que el énfasis se encuentra más en la investigación documental que en el trabajo artístico–, abarca una serie más amplia de hechos y personajes históricos, entre los que destacan la célebre Güera Rodríguez, icono feminista en tanto mujer con afanes de libertad y conocimiento superiores a los de su entorno. Aparecen también el rebelde Fray Servando Teresa de Mier y la princesa Nicolasa, la indecente hermana del emperador que ya sesentona se enamora del joven capitán Antonio López de Santa Anna.

Este último personaje, uno de los más controvertidos de la historia nacional, defendido por unos cuantos como patriota visionario y atacado por la mayoría como el primer presidente corrupto de México, general inepto, vendepatrias y déspota promotor de toda clase de impunidades, se convierte en el protagonista de la novela de Enrique Serna, *El seductor de la patria*, publicada en 1999. Haciendo gala de gran sutileza psicológica, Serna relata aquí la vida del dictador Santa Anna, desde su nacimiento en Xalapa en 1794 hasta su muerte en 1876. Son 82 años especialmente coyunturales, de los cuales surgió en gran medida lo que es el México moderno. Ciertamente, Santa Anna vivió de cerca toda la Guerra de Independencia, luego el intento de reconquista por parte de España, la Guerra de Texas –que tan mal dirigió–, la intervención norteamericana, la Guerra de Reforma y la ocupación francesa.

Habría que mencionar también la novela *La campaña*, de Carlos Fuentes, de 1991. Aunque entre los círculos hispanistas se le recibió con un entusiasmo discreto, sin bombos ni platillos, la crítica estadounidense la considera una de las obras mayores del autor.

La anécdota de *La campaña* podría resumirse así: Baltasar Bustos, joven intelectual que desea ser abogado, hombre de acción dentro de su pequeño círculo, se compromete ardientemente con las ideas que se extienden por América con la velocidad de una epidemia. Tiene una profunda conciencia del momento de cambio que le ha tocado vivir, así como de la necesidad de adaptar a tierras criollas los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad. Lee a Voltaire, a Diderot, a Rousseau. Como muchos de sus contemporáneos, es una especie de Prometeo desencadenado que puede robar el fuego de los dioses en nombre de la humanidad sufriente.

Baltasar Bustos es una víctima más de lo que el narrador, Manuel Varela, llama el “vicio” de la “seducción”. En 1810 las ideas seducen. Y seducen los libros, las conductas rebeldes, los sentimientos nacionalistas, la belleza de las mujeres latinoamericanas. En efecto, es en una mujer que página a página va adquiriendo una estatura legendaria –Ofelia Salamanca– donde el protagonista cifra todos los sueños que serían la materia espiritual y onírica de la América independiente. En su proceso de crecimiento interior, Bustos empieza codiciando a la dama aristócrata y acaba protegiendo a la mujer caída.

El viaje geográfico no es otra cosa que el expediente narrativo de un rito iniciatorio, de una historia de crecimiento interior que es al mismo tiempo la de Baltasar Bustos y la de

América Latina. La historia empieza en Argentina, la niña de América, la hermana menor de este viejo continente, como la llama uno de los personajes, y concluye en México, en la tierra donde los viejos dioses ya no pueden morir más, donde los abuelos van a sobrevivir por la única razón de que “somos muy antiguos”.

Baltasar Bustos va del día a la noche, de lo claro a lo oscuro, de la ciudad portuaria al campamento más remoto perdido en la sierra. Y el suyo es también un viaje en busca del devenir. Porque el futuro no se alcanza a ver desde el presente; para entenderlo hay que ir a las fundaciones, como nos da a entender el narrador.

Entre las novelas históricas centradas en este período, hay que mencionar, por último, *El guerrero del alba*, de Raquel Huerta-Nava, publicada hace tan sólo tres años, pero resultado de una investigación de casi veinte. Aquí, la autora recrea la vida de Vicente Guerrero, personaje histórico que en muchos aspectos prefiguraría los destinos de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Como ellos, encabezó con valentía y ferocidad una eficiente lucha de guerrillas, resistió un sinnúmero de adversidades y nunca claudicó ante nadie.

Ahora bien, me parece que en México debería hablarse, en plural, de “las guerras de Independencia”, que han sido varias y no una sola. En efecto, más que cualquier otro país latinoamericano, México ha debido defenderse constantemente de las agresiones de los grandes imperios. Tan sólo en sus primeros cincuenta años de vida como nación independiente, tuvo cinco guerras internacionales: el intento de reconquista español, las dos guerras contra los norteamericanos y las otras dos que se libraron contra coaliciones europeas. De éstas, la más notable fue la ocupación multinacional que tuvo lugar entre 1862 y 1867, cuando, encabezados por el Ejército Imperial Francés de Luis Napoleón, llegaron contingentes militares de Austria-Hungría y todas sus provincias de entonces y de Bélgica. Autores contemporáneos, como C.M. Mayo, han comparado esta invasión con la que tiene lugar ahora en Irak, por su grado de brutalidad, de manipulación política y de desgaste humano, moral y material por parte de ambos bandos, así como por la resistencia espontánea y poco organizada, pero feroz, del pueblo invadido.

De esta coyuntura dan cuenta varias de las mejores novelas históricas mexicanas, algunas de ellas contemporáneas de los hechos narrados. Aunque no tocan directamente el tema de las guerrillas insurgentes o en cierta forma lo disfrazan, recrean la vida de este período tres obras fundacionales de la narrativa mexicana: *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno; *Astucia: el jefe de los Hermanos de la Hoja* (1865-1866), de Luis G. Inclán; y *El Zarco* (1869), de Ignacio Manuel Altamirano.

De manera mucho más directa, la novelística del siglo XX intentará proporcionar una visión alternativa de ese período confuso y generalmente mal comprendido de la historia de México que fue la ocupación francesa y que, pomposamente, se recuerda como Segundo Imperio Mexicano.

Así, en 1987 e inaugurando en México el auge de novelas históricas que se convertiría en un fenómeno editorial a partir de la década siguiente y hasta la fecha, aparece una obra que se volverá una de las más importantes de nuestra producción contemporánea: *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso. Aquí, a partir de dos líneas argumentales que se van contrapunteando, el autor explora, por un lado, la serie de circunstancias que llevaron a los mexicanos conservadores a promover y luego apoyar un proyecto de ocupación extranjera; por el otro lado, recrea la locura de la emperatriz Carlota envolviéndola en un

aura romántica y erótica que la convierte en uno de los personajes femeninos inolvidables de la literatura mexicana.

Cinco años después, en 1992, Paco Ignacio Taibo II, publica *La lejanía del tesoro*, una novela histórica que sigue la ruta de Benito Juárez como presidente en exilio, llevando en una diligencia el tesoro de la República.

Por último, hace tan sólo dos meses apareció *El último príncipe del Imperio Mexicano*, de C.M. Mayo. La autora, aunque no es mexicana, está casada con un mexicano, vive en México la mitad de cada año y conoce profundamente la historia nacional. Su novela, elogiada públicamente por el historiador paciano Enrique Krauze, cuenta una historia que en su momento fue ignominiosa, un escándalo internacional, pero que terminó perdida, reducida a una nota de pie de página, literalmente en un registro. Se trata de la adopción, por parte de Maximiliano y Carlota, del niño Agustín de Iturbide y Green, nieto del Libertador. Lo que empieza como la anécdota de una adopción que más se pareció a un secuestro, se convierte en una historia internacional de intriga política, guerra y diplomacia que tiene lugar en la Ciudad de México, en Washington, en Inglaterra, en París e incluso en Roma. Ciertamente, la autora incide literariamente en un período de enorme complejidad que de hecho no podemos considerar tan sólo historia “mexicana”, en tanto es historia transnacional. ¿Por qué los franceses invadieron México? ¿Por qué apoyó esto la Iglesia de Roma? ¿Por qué el káiser de Austria-Hungría dejó ir a su hermano menor? ¿Quién era la esposa de Maximiliano, la emperatriz Carlota? Era la princesa de Bélgica y prima hermana de la reina Victoria. Y tanto el rey Leopoldo de los belgas como la reina Victoria tenían mucho que decir sobre México. Inglaterra tenía muchos negocios importantes en minería y textiles, etcétera. Así que el embajador británico era una figura importante en México y, en cualquier caso, lo que la reina Victoria pensara de todo esto era vital para todos los involucrados. Y, por supuesto, Estados Unidos estaba tramando cómo sacar a los franceses de México, además de que ahí estaba el asunto de la Confederación y su relación con los sucesos. Ante tal maraña de intereses, es comprensible que el pueblo viera en sus bandidos y guerrilleros a héroes que luchaban por la independencia nacional.

En fin, la literatura demuestra que la lucha de un pueblo por independizarse no termina cuando éste logra constituirse en Estado internacionalmente reconocido como tal. En México, eso fue sólo el principio. Después, como hemos visto, fue necesario sacudirse nuevamente un yugo extranjero. Más tarde, la Novela de la Revolución (la de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y otros), hablaría de la lucha de los peones de las haciendas por independizarse de sus opresores; la narrativa indigenista de Rosario Castellanos, Ermilo Abreu Gómez, etcétera, mostraría las luchas de los indios; y luego, en los años sesenta, setenta, ochenta, narradores como José Revueltas, Salvador Castañeda y otros, recrearían la gesta de las guerrillas urbanas, que buscaban la emancipación del proletariado. Temas todos estos para otro estudio.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *El Zarco*, México, Editorial Porrúa, 1998 (Col. Sepan cuántos...).

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Paisajes, leyendas, tradiciones y costumbres de México*, México, Ediciones de la libélula, 2000.

DE CAMPO, Ángel, *La Rumba*, México, Editorial Porrúa, 1998 (Col. Sepan cuántos...).

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *El periquillo sarniento*, México, Editorial Porrúa, 1983 (Col. Sepan cuántos...).

FUENTES, Carlos, *La región más transparente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, (Col. Popular).

PAYNO, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, México, Editorial Porrúa, 1988, (Col. Sepan cuántos...).

PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992 (Col. Popular).

PRIETO, Guillermo, *Musa callejera*, México, Ediciones Botas, 1967.

PRIETO, Guillermo, *Romancero nacional*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1978.

RULFO, Juan, *El llano en llamas*, México, Editorial Planeta, 1998.